

historia de un espíritu sincero, que se emancipaba de sus ideas de otro tiempo, consideradas como errores á sus propios ojos, y aceptadas imprudentemente un día sin suficiente exámen, bajo la autoridad del positivismo y el patrocinio de A. Comte. Ni una sola de tales observaciones puede dejar de oponerse á esa extraña aseveración de M. Littré sobre que su fidelidad á la filosofía positiva le ha librado del peligro de contradicción, *enfermedad común á los espíritus de ahora*. Todo ese admirable librito que hemos puesto á los ojos de nuestros lectores, no es más que la relación de las contradicciones de un hombre honrado que reconoce haberse engañado en un gran número de circunstancias importantes. Resulta también de aquí esta otra enseñanza, que el curso de las cosas no ha sido más favorable que la experiencia individual á la demostración práctica del positivismo. M. Littré nos hace la larga enumeración de los méritos que las previsiones de su maestro han recibido de los acontecimientos, y llega á la dolorosa conclusión de haberse mostrado la historia refractaria á las inducciones de la sociología. Preciso es tener en cuenta, para juzgar equitativamente la página mencionada, cierta exaltación momentánea que suele apoderarse de los mejores talentos cuando están llenos de un objeto y como embriagados de una idea.

Por lo demás, es notorio que ya algunos años antes de la muerte de A. Comte, M. Littré había sacudido el yugo harto estrecho y pesado del maestro arbitrario é iluminado, que había acabado por convertir su autoridad en una especie de tiranía atrabiliaria y mística. Esa emancipación relativa, que no se efectuó sin trabajo, tuvo por origen un disentiimiento político. Tras una larga intimidad intelectual de todos los días y de casi todas las horas, el disentiimiento comenzó con motivo del golpe de Estado de 1851, al que Comte se había replegado, solicitando donde quiera protectores elevados para la política que ideaba, como se vió más tarde en su empeño de recurrir hasta Rusia ya que no pudo encontrarlos en Francia. Las cosas llegaron al extremo de que M. Littré, no obstante seguir pagando su escote al presupuesto de que vivía A. Comte, acabó por retirarse de la sociedad positivista. A medida que se alejaba del hombre que había ejercido sobre él tal ascendiente durante once años, sentía la necesidad de someter al exámen del método positivo, todo lo que el maestro había promulgado en la última parte de su vida y que el discípulo había desde luego admitido con entera confianza. «No creo, dice M. Littré con noble candor, que hubiese sido capaz de hacerlo si hubiese permanecido bajo la influencia inmediata de M. Comte.» (1) Este exámen oportuno produjo en su espíritu un movimiento harto considerable para marcar una fecha en la historia de la escuela. La crítica que se atrevió á llevar á las doctrinas de M. Comte, se encerró al principio en una simple pero grave cuestión de método y en las consecuencias que de ellas emanaban: el predominio atribuido por Comte al sentimiento, la subordinación del espíritu al corazón, toda una política teocrática, y en fin, la vuelta á un nuevo estado teológico, muy semejante al otro en cuanto al método. Pero una vez despierta la crítica no debía ya dormirse y llevó su obra hasta el cabo: podemos señalar en los escritos de M. Littré, la serie de transformaciones en vía de operarse aun en vida del fundador

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, pag. 602.

de la escuela, y que se consumaron de una manera más y más precisa después de su muerte en el espíritu del más sabio y popular de sus discípulos.

Señalemos esos movimientos sucesivos. Vino un momento en que A. Comte, pensando y asegurando que no hacía más que desarrollar la doctrina, modificó de todo á todo su método, y fué «cuando quiso pasar de los principios asentados en el sistema de filosofía positiva á la aplicación establecida en el sistema de política positiva.» Él mismo confiesa que cambió entonces el método objetivo, que busca las explicaciones en los hechos generalizados, por el método subjetivo, que sustituye á la concepción de las leyes las intuiciones personales y las miras del espíritu. Es la época en que ya no discute, en que ya no interroga los hechos, en que imagina é impone sus ideas personales sobre las aplicaciones políticas y sociales del sistema. En política, por ejemplo, mientras llega la era de la renovación integral, fundada sobre la distinción de los poderes espiritual y temporal, quería establecer un gobierno *á sabiendas revolucionario* para lo que llama el *interregno*, el tiempo de transición. Sábese que meditaba nada ménos que establecer la dictadura con ayuda de un triunvirato electivo nombrado por el pueblo de París exclusivamente, y escogido entre los proletarios. M. Littré cometió el error, en los días turbulentos de 1848, de recibir desde luego sin exámen ideas que debía rechazar más tarde. «Es, decía entonces, un grave descalabro intelectual, y lo confieso sin rodeos. La única compensación que en él encuentro, y no carece de valor, es por de pronto una lección de modestia, y después una justa advertencia, para mí, de desconfiar de mí mismo, y para los que quieran leerme, de ver en mí un guía que no es absolutamente fiel sino á su buena voluntad.» (1)

En el dominio religioso la disidencia fué tan enérgica como inmediata. Luego que Comte se apartó sensiblemente del estado positivo, «aquel en que el espíritu humano concibe que los fenómenos se rigen por leyes inmanentes á las que nada hay que pedir por las preces ó la adoración,» M. Littré se retiró. Ni un solo instante admitió esa concepción más que extravagante, ilusa, la tierra ó gran fetique, el espacio ó gran medio, la inmensidad ó gran sér, que Comte llamaba también la trinidad positiva en oposición á la trinidad cristiana.—«Se comprende que la teología hable en nombre de las revelaciones; pero aquí ¿qué tenemos? preguntaba M. Littré, ¿una ficción? Pero una ficción voluntaria no es objeto de ninguna creencia, en el sentido sério de la palabra. ¿Una realidad? Pero ¿quién querrá creer que la tierra haya tenido voluntad y buenas intenciones hácia el futuro género humano, arreglando sobre esto su adoración y su conducta? Por otra parte, A. Comte confiesa abiertamente que el espíritu humano no puede abstenerse de creer en voluntades independientes que intervienen en los acontecimientos del mundo; pero entonces jamás se ha hecho una confesión más mortal para la filosofía positiva, que reposa en efecto sobre el dato de que el espíritu humano no es necesariamente sino sólo de una manera transitoria, teólogo ni metafísico. Si se quiere ahora decir que lo es necesariamente, proclámese muy alto, vuélvase al estado teológico anterior, sin esperar que miserables concepciones entren seriamente en competencia con la teolo-

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, pag. 587.

Hé aquí muchas y muy graves lagunas señaladas en la doctrina de A. Comte; pero su discípulo, lo mismo que él, no ha salido de la era preparatoria, de la era de los programas. Uno de estos programas bien llenos, habria servido mejor á los verdaderos intereses de la ciencia, que todas esas vagas promesas, esos sumarios anticipados del saber futuro ó esas controversias sobre la insuficiencia de los sumarios propuestos. Entendámonos bien. Yo no digo que M. Littré no haya dejado obras considerables, algunas acabadas, pero son independientes de la escuela especial á la que habia consagrado sus esfuerzos y su nombre; y como su maestro, sólo ha dejado críticas muy vivas sobre el régimen metafísico y teológico, y proyectos de conquistas futuras, bosquejos muy generales del porvenir científico tal como lo imagina, proclamas en honor del advenimiento del positivismo.

(Concluirá.)

OPINION DE M. PASTEUR SOBRE EL POSITIVISMO.

De una correspondencia de Paris, publicada por el *Siglo XIX*, tomamos lo siguiente: «Brillante, magnífica ha sido la sesion de la recepcion de Pasteur en la Academia francesa. Bello torneo de la inteligencia en que lucieron sus dotes dos hombres eminentes. Al principio de su notable discurso reconoce Pasteur que es á sus trabajos científicos á los que debe el ocupar un puesto en la dicha corporacion. Así procuró ante lo que llamó un *honor impersonal* tributado á la ciencia, eclipsarse modestamente.

Entró Pasteur á reemplazar al ilustre Littré. Tocábale por tanto hacer el elogio de éste. Hízolo representando al hombre privado lleno de virtudes. Habló de su caridad inextinguible, de su tolerancia con las ajenas opiniones, de su grande amor al género humano, de su laboriosidad incomparable, fecundísima para las letras. Luego juzgó Pasteur á Littré como filósofo, como partidario que fué durante un largo periodo de su vida de las ideas positivistas de A. Comte, segun las cuales hay que excluir absolutamente del entendimiento humano toda idea metafísica y no admitir otro testimonio que el de los sentidos. En esta parte del discurso hay un pasaje en que el hombre de la ciencia afirma en magníficos términos sus ideas espiritualistas oponiéndolas á las que un tiempo profesara el hombre de letras. Cedo á la tentacion de presentar aquí aquel importante pasaje, ó al menos su parte más esencial. «El grande y evidente vacío, dice Pasteur, de ese sistema (el de Comte) consiste en que en la concepcion positiva del mundo no toma en cuenta la más grande de las nociones positivas—la del infinito.

«Más allá de esa bóveda estrellada, ¿qué hay? Nuevos cielos estrellados. ¿Sea! ¿Y más allá? El espíritu humano, cediendo al empuje de una fuerza irresistible, no cesará jamas de preguntar: Y más allá, ¿qué hay? ¿Quiere por ventura detenerse, sea en los tiempos, sea en el espacio? Como el punto en que se detiene no es sino una grandeza limitada aunque más grande que todas las que la han precedido, apénas la contempla un instante cuando vuelve la implacable cuestion y vuelve siempre y por siempre sin que haya cómo poder acallar la voz de la curiosidad del sér pensante. De nada sirve que se responda: más allá está el espacio de los tiempos y de las grandezas sin límites. ¡Nadie comprenderá esas palabras! El que proclama la existencia de lo infinito—y nadie puede es-

caparse de proclamarla—acumula en esa sola afirmacion más de sobrenatural de lo que puede haber en todos los milagros de todas las religiones, porque la nocion de lo infinito tiene el doble carácter de imponerse á la razon humana y de ser incomprendible.

«Cuando esa nocion se apodera del entendimiento, no hay cómo dejar de prosternarse. Todavía en ese momento de penosas angustias hay que pedir gracia á su razon. Todos los resortes de la vida intelectual amenazan relajarse. Siéntese uno á punto de ser presa de la locura sublime de Pascal.

«Ahora bien: el positivismo suprime, porque así le place, esa nocion positiva y primordial, la aparta, no se ocupa de ella, no quiere pensar en ella ni en sus consecuencias en la vida de las sociedades.

«Yo, señores, veo la nocion de lo infinito en el mundo: por todas partes encuentro su inevitable expresion. En virtud de ella lo sobrenatural se encuentra en el fondo de todos los corazones.

«La idea de la Divinidad es una forma de la idea de lo infinito. Miéntras el misterio de lo infinito pese sobre el entendimiento humano, habrá templos elevados al culto de lo infinito, sea que el Dios se llame Brahma, Alá, Jehová ó Jesus, y en el pavimento de esos templos vereis á los hombres arrodillados, prosternados, abismados en el pensamiento de lo infinito. La metafísica no hace mas que traducir dentro de nosotros esa nocion que nos avasalla, la de lo infinito. La misma concepcion de lo ideal ¿no es tambien una facultad, reflejo de lo infinito, que en presencia de la belleza nos lleva á imaginarnos una belleza superior?

«La ciencia y el anhelo de comprender ¿son acaso otra cosa que el efecto de ese aguijon que pone en nuestra alma ese misterio del universo? ¿Dónde están los verdaderos orígenes de la dignidad humana, de la libertad, de la democracia moderna sino en la nocion de lo infinito, ante la cual todos los hombres son iguales?»

El discurso de Pasteur fué muy aplaudido.

Renan contestó. Como pieza literaria fué tambien bella su peroracion. Sin atreverse á combatir de frente las afirmaciones de Pasteur en cuanto á la filosofia de Comte, dejó comprender algunas dudas. En hermosos conceptos aseguró al fin á Pasteur que el espíritu de éste, siempre preocupado de nuevos descubrimientos para bien de la humanidad, hallará dulce solaz en el seno de la Academia; que las pacíficas controversias literarias, la encantadora risa de la comedia, la pura y tierna novela, la poesia que en alas poderosas se remonta al cielo y se desata en armonías, la fina observacion moral, el análisis exquisito de las obras del espíritu y el sentido profundo de la historia, serán casos que habrán de procurarles momentos de satisfaccion.

Terminó dando la bienvenida al sábio ilustre.

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Julio 1° de 1882.

Tenemos que comenzar hoy nuestra revista con una noticia que seguramente sorprenderá al lector; la noticia es la siguiente: *El Positivismo* no es positivista. Esta proposicion que al primer aspecto ofrece el carácter de una paradoja, es sin embargo la excepcion de un hecho fundado en las mismas palabras de nuestro colega, como vamos á verlo. Fijémonos desde luego en el sentido preciso de la *filosofía positiva*, sobre la cual nos dice nuestro ilustrado adversario que más que un sistema, más que una doctrina «es un método.» No es esto ciertamente lo que por positivismo han entendido Comte, Littré, Mill, Spencer, etc. «Admitimos, dice Mill, que la filosofía es segun la significacion atribuida por los antiguos á esta palabra, *el conocimiento científico del hombre en tanto que es sér intelectual, moral y social*. Como sus facultades intelectuales contienen la facultad de

gía emanada de las profundidades de la historia y consagrada por la grandeza secular de las instituciones y de los servicios.» (1)

Sobre todos estos puntos de la síntesis política, social y religiosa, M. Littré toma su partido, no sin amargura y penas secretas. «Vivamente habría deseado que fuese de otra manera. Discípulo de la primera parte del sistema, estaba enteramente dispuesto á serlo de la segunda, de la misma manera, es decir, por ese ascendiente irresistible que trae consigo la verdad demostrada. El ascendiente faltó; y fué preciso separarme de concepciones que ya no tenían para mí razón de ser. De este modo, manteniendo con firmeza la filosofía positiva que es la base, he rechazado con no menos firmeza, en una gran parte, la política positiva que M. Comte quiso deducir de aquella.» Pretende que en el fondo no ha tenido que dividir la obra de M. Comte, que permanece intacta y entera, pues sólo le ha quitado consecuencias y aplicaciones impropias; pero ha tenido, y esto es lo doloroso, que dividir al mismo Comte, es decir, mostrar que ha sido infiel á sus principios y á su método, (2) é imputa esa infidelidad, que le es tan penoso consignar, á perturbaciones orgánicas de M. Comte, á debilidad producida por el exceso de trabajo.

¿Es todo esto rigurosamente exacto? ¿No ha habido infidelidad ó más bien independencia del discípulo, sino sobre los puntos indicados en esa patética confesión? Nótese bien que yo no pongo un instante en duda la absoluta sinceridad de ese verdadero hombre honrado, pero no puedo abstenerme de hacer constar que hay otros puntos, fuera de los mencionados, sobre los cuales se ha modificado su pensamiento por la experiencia, por la reflexión, por el contacto de los acontecimientos y de los hombres; y no se puede en realidad decir que la obra de A. Comte haya permanecido para M. Littré «intacta y entera» como supone. En pos del entusiasmo de los primeros años llegó la reflexión, haciendo un trabajo insensible, lento, pero continuo. «Después de todo, él mismo lo declara, la función del discípulo es la crítica, me refiero á esa crítica de buena ley que no separa lo falso sino para dar á luz lo verdadero.» Aun cuando A. Comte no hubiese dado á luz más que la parte menos vulnerable de su obra, el *Sistema de filosofía positiva*, sería preciso todavía que ese libro fuese muy seriamente estudiado, buscando mediante un exámen riguroso sus lagunas y partes débiles. Mientras vivió A. Comte, su carácter irritable imponía á sus discípulos grandes miramientos, y por cierto nunca había querido M. Littré turbar los días que le quedaban de vida. Distinta es la condición de la obra, de hoy más impersonal, que ha dejado; no tiene necesidad de miramientos; sería hacerle una injuria; lo que pide es que el método y los principios triunfen, aun cuando perezca ó desaparezca esto ó aquello. Augusto Comte se ha colocado sobre el panegírico; no queda más que un modo de alabarle digno de él, es el de la historia, la historia que es una crítica permanente de las ideas y de las cosas dignas de vivir en ella y de modificarla. (3)

Así, M. Littré no deja de indicar las partes débiles y lo insuficiente del sistema para obedecer á ese deber de la crítica que no es más que el derecho de la verdad sobre no-

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, págs. 562—564.

(2) *Ibid.*, prefacio, p. IV.

(3) *Ibid.*, pág. 651.

sotros. No es posible entrar aquí en el pormenor de la controversia; pero debemos al menos señalar lo que M. Littré quita del programa positivista ó lo que quisiera añadirle, así como las partes del sistema que en su concepto sólo han sido establecidas provisionalmente. Al concluir la obra, cuando examina el conjunto de la filosofía positiva, señala tres lagunas esenciales. Desde luego la economía política. No concibe que dogmáticamente Comte la haya eliminado en diversos pasajes de sus escritos como una ciencia falsa; y establece que forma parte integrante de la sociología y que no se la puede abandonar sin perjuicio para toda la teoría de esta ciencia. En efecto, una de las ideas predilectas de la nueva escuela, es que el cuerpo social reproduce en rasgos fieles, aunque agrandados, la imagen de un cuerpo viviente. En el organismo social, la economía política representa lo que la nutrición en el organismo; es su parte vegetativa, aquella por donde se mantiene diariamente. Ahora, fácil es demostrar por el análisis y la comparación que las funciones superiores del cuerpo social, las que administran la parte moral, estética, científica, y que conducen la evolución, están bajo la dependencia absoluta de las funciones inferiores que aseguran el mantenimiento material de la sociedad, lo que se puede llamar la industria, lo mismo que en el cuerpo viviente las funciones superiores concedidas al sistema nervioso, están bajo la dependencia de las funciones de nutrición sin las que no pueden existir ni ser conocidas. La omisión de la economía política es, pues, una grave laguna en la sociología, así como un vicio grave contra el método que gobierna la jerarquía de las ciencias.—Una segunda laguna que urge llenar concierne á la teoría cerebral. La hipótesis de Gall, adoptada ligeramente, ó más bien, adaptada con ciertas modificaciones por Comte á su sistema, es una concepción ruinosa. Preciso es, pues, apresurarse á retirar del edificio esos materiales engañosos; pero el vacío que dejan es grande; hay que constituir toda la *psicología biológica*, todo el conjunto de condiciones orgánicas bajo las cuales se manifiesta el pensamiento. Así comprendida, esa teoría pertenece á la biología; debiendo ser estudiada en la anatomía, en la fisiología, en la zoología, en la evolución de las edades, en la patología. Verdad es que todavía no tiene á disposición de los sabios más que rudimentos, pues es la parte más complicada y difícil de la biología; pero lo que se sabe y aumenta diariamente indica lo que será un día esa ciencia cuando esté constituida y en progreso.

En fin, la más grave de las lagunas es la omisión de la psicología, no la psicología como la entendemos y como la sostiene Stuart Mill contra la condenación formal de A. Comte, la psicología del hombre individual, sino la psicología del hombre colectivo, que llama «la teoría subjetiva de la humanidad» y que comprende además del estudio de las condiciones formales del pensamiento, la moral y la estética. Esas teorías faltan en la filosofía positiva, y le son sin embargo esenciales, son el complemento de la filosofía. Mientras no están constituidas, una multitud de nociones verdaderamente filosóficas permanecen sin orden, sin vínculo ni armonía; pero como dice M. Littré en su lenguaje elíptico y abstracto, «no llegan sino después del saber objetivo;» y con ayuda de ese saber es como se puede examinar, al término del camino andado, el instrumento subjetivo que la ha recorrido y conquistado; la teoría del sujeto es el complemento indispensable de la teoría del objeto. (1)

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, pág. 663.